

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
1. BARCELONA, EL OTOÑO TARDOMEDIEVAL DE UNA POTENCIA MEDITERRÁNEA	17
¿Crisis o crecimiento desacelerado? El debate en torno al declive catalán del siglo XV	20
Una ciudad sumida en la posguerra	33
La recuperación económica	47
2. HACIA EL MEDITERRÁNEO ATLÁNTICO	51
El redescubrimiento medieval del Mar Océano	54
La formación de un nuevo espacio de confrontación	61
La incorporación de Canarias a la corona de Castilla	80
3. LA ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA ATLÁNTICA	87
El ciclo de la esclavitud	88
El ciclo del azúcar	106
El impacto de la expansión atlántica en la península ibérica	114
4. LA CORONA DE ARAGÓN ANTE EL MEDITERRÁNEO ATLÁNTICO	137
Valencia, un puerto mediterráneo en las rutas atlánticas	141
Barcelona y el mar: viejos negocios, nuevas oportunidades	147
La penetración catalana en el Atlántico medio	177

5. LA CONSOLIDACIÓN CATALANA EN EL PRIMER ATLÁNTICO	197
Los negocios de los Benavent	207
El capitalismo atlántico de la compañía Font	213
El reclamo andaluz y canario	228
6. CATALUÑA ANTE EL NUEVO MUNDO	243
¿Exclusión o participación? El debate historiográfico en torno al veto castellano a la presencia catalanoaragonesa en América	248
El viaje hacia las Indias	255
La consolidación catalana en el Nuevo Mundo	260
Aventuras y desventuras de un catalán en América: Lázaro Font y la búsqueda de El Dorado	272
7. CONCLUSIONES	281
ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES	289
BIBLIOGRAFÍA	311
FUENTES PUBLICADAS	331

Prólogo

Cual navegante avispado en busca de la isla de San Borondón, con *Cataluña en la era de las navegaciones. La participación catalana en la primera economía atlántica (c. 1470-1540)* Iván Armenteros Martínez ha tenido la osadía de zarpar, serenamente, con semblante seguro y rumbo firme, hacia horizontes historiográficos, cronológicos y geográficos poco frecuentados y, hasta la fecha, un tanto difusos.

Que un marino sea joven no significa que sea inexperto. Y que con este libro culmine su primer gran periplo monográfico no significa, tampoco, que se trate del trabajo de un inmaduro grumete. Al contrario, nos hallamos frente a una investigación largamente meditada, que se ha ido asentando paulatinamente, durante años, al tiempo que fraguaba una tesis doctoral dedicada al estudio de la esclavitud en la Barcelona del Renacimiento¹.

La investigación cuyos resultados tenemos ahora entre manos nace de la necesidad de ilustrar, de explicar, de dar respuestas plausibles, a realidades y a una serie de interrogantes que no se correspondían con la “historia oficial” y que el autor fue encontrando a medida que desarrollaba e iba tomando cuerpo su tesis doctoral, un análisis del cambio de modelo en el tráfico de esclavos que se produjo entre las últimas décadas del siglo xv y las primeras del xvi. Es decir, el estudio, para el caso de Barcelona, del paso de un modelo de esclavitud bajomedieval mediterránea, de raigambre oriental e islámica, a un modelo de esclavitud negroafricana, de proyección eminentemente atlántica, que arranca

1. *La esclavitud en Barcelona a fines de la Edad Media (1479-1516). El impacto de la primera trata atlántica en un mercado tradicional de esclavos*, defendida en la Universitat de Barcelona el 12 de noviembre de 2012, con obtención de la máxima calificación académica.

del florecimiento de la trata portuguesa desde mediados del siglo xv y que se asocia a la proliferación de las explotaciones de cultivo de la caña de azúcar.

Como tantas otras, nuestra historia también está plagada de apriorismos y de lugares comunes, que sólo se pueden combatir con rebatimientos fundamentados en sólidos pilares de investigación.

La monografía que nos ofrece Iván Armenteros es uno de esos pilares, en el que vamos navegando mientras esquivamos ese tipo de escollos tan asentados como poco cimentados.

Desde sus primeras páginas, el timón del autor nos guía, primero, por la maleable y tan debatida crisis del cuatrocientos catalán (o, en realidad, barcelonés); después, a través de la guerra civil catalana del tercer cuarto del siglo xv, sus razones y sus consecuencias económicas; a continuación, por el *redreç* y recuperación económica impulsados por Fernando el Católico; y, al fin, por la participación –que no exclusión– catalana en el descubrimiento, colonización y explotación económica del nuevo mundo, haciendo escalas previas en la baja Andalucía y el archipiélago canario.

Iván Armenteros no es exactamente pionero en el surco de los derroteros que comunican, primero, el Mediterráneo con el Atlántico y abren, después, el Atlántico al Mediterráneo. Pero sí es el primero en hacerlo de modo sistemático e integrador, siguiendo la específica estela de los mercaderes y hombres de negocios catalanes. Dicho de otro modo: además de aportar una sólida investigación de primera mano, Iván Armenteros recaba también las muchas migas que, invisiblemente y de forma dispersa, ya teníamos a nuestro alcance.

Armenteros navega a caballo de los dos mares cronológicos (medieval y moderno) que, desde Vicens Vives, tan absurdamente habían convertido el reinado de Fernando el Católico en tierra de nadie. A caballo de los dos mares

geográficos (Mediterráneo y Atlántico) a los que, no menos absurdamente, la historiografía catalana había dado la espalda, como si no fueran vasos comunicantes. Y, combinando el impulso de sus propios hallazgos a través de la exhumación de fuentes inéditas con la información desgajada de otros autores, puede reconstruir ese nexo o casi eslabón perdido de la participación catalana en la primera economía atlántica, presentar o reelaborar una nueva visión de conjunto que permite redimensionarla por completo. Quizás no a nivel cuantitativo pero sí, desde luego, a nivel cualitativo.

De forma tan ordenada y pautada como las progresivas etapas de esa participación, podemos observar las distintas escalas en las que los mercaderes y hombres de negocios catalanes fueron recalando: en primer lugar, Andalucía; en segundo lugar, Canarias; y, en tercer lugar, el nuevo mundo.

La historiografía ya nos había brindado algunos atisbos previos, pero no por ello resulta menos fascinante observar la plasmación de esas etapas que ofrecen los ejemplos de algunas familias como los Viastrosa, los Benavent y, sobre todo, de forma paradigmática, los Font; palpar sus interrelaciones con nombres del peso y calado de Marchionni; o, simplemente, vislumbrar la reorientación de los intereses mediterráneos catalanes hacia destinaciones atlánticas, sin renunciar por ello, necesariamente, a la experiencia mediterránea y al mantenimiento de algunas de sus raíces.

Como bien concluye Iván Armenteros, ahora se puede afirmar con rotundidad que Cataluña no fue ajena a la revolución comercial atlántica. Que los hombres de negocios catalanes también se introdujeron con éxito en las nuevas redes de negociación desarrolladas en el Atlántico medio. Y que algunos de ellos se asentaron sólidamente en la baja Andalucía, en Canarias –donde algunos crearon auténticos “imperios”– y en América.

En realidad, no es de extrañar, puesto que la revolución comercial atlántica que se fraguó en las últimas décadas del siglo xv y las primeras del xvi se forjó

en el crisol de las prácticas mercantiles mediterráneas. Aquellas en las que los mercaderes catalanes habían tenido tanto que decir y que, inicialmente, se integraron en un sistema de intercambios generado alrededor de los que, también inicialmente, fueron sus productos más representativos: los cueros bovinos atlánticos (no necesariamente ibéricos) y el pescado seco o salado de la misma procedencia, que, desde las últimas décadas del siglo XIV y a lo largo del XV, ya abasteció, sistemáticamente, los mercados mediterráneos.

Cuando, con el desarrollo de la trata negrera y con la expansión de la industria azucarera, esclavos y azúcar entraron en una fase de explotación o especulación ya auténticamente precapitalista y relegaron esos dos primeros productos más tradicionales a un segundo término, algunos mercaderes catalanes pudieron constituirse en avanzadilla de la expansión esclavista y azucarera, y pudieron integrarse en sus nuevas redes de distribución, gracias a su previa implantación en Andalucía y en Canarias.

Cataluña en la era de las navegaciones. La participación catalana en la primera economía atlántica (c. 1470-1540) constituye, para su autor, un punto de llegada. Pero, a su vez, estoy convencida de que será también, incluso para él, un nuevo punto de partida. Deseo y espero que, en un futuro inmediato, Iván Armenteros vuelva a levar anclas y pueda seguir persiguiendo la estela que ha dejado ya perfilada, porque no hay duda de que el estudio de la presencia mercantil catalana en el primer Atlántico y su interrelación con el Mediterráneo moderno es una de nuestras asignaturas pendientes. Y, en estos momentos, este todavía joven historiador es, sin duda, quien mejor posicionado está para sacarla adelante.

ROSER SALICRÚ I LLUCH

Mataró-Barcelona, diciembre

2012

Introducción

En 1517, Francisco Fernández de Lugo, regidor de La Palma, aprovechando una estancia en la corte en la que solicitó que le fuera intercambiada la regiduría de aquella isla por la de Tenerife, propuso a la corona castellana unas capitulaciones parecidas a las que obtuvo Colón en la localidad granadina de Santa Fe, en 1492. Su proyecto consistía en ir con tres navíos y tripulación *a arar la mar por espacio de un año* con la intención de hallar la isla que a menudo divisaba desde La Palma, llamada San Borondón. Como contrapartida, y solo si tenía éxito, solicitó para sí mismo el gobierno perpetuo del territorio y los títulos de capitán general y alguacil mayor, además de salario durante la conquista, a saber, la décima parte del oro y de la plata que obtuviera, el derecho del repartimiento de tierras y otras prerrogativas, como el nombramiento de regidores y escribanos¹. Tiempo después, Fernández de Lugo se personó en la corte afirmando que unos marinos a quienes había pagado para realizar la empresa habían encontrado la isla. La tenían localizada para, cuando fuera necesario, emprender la colonización, por lo que reclamaba que se cumplieran las condiciones establecidas en las capitulaciones de 1517². Aquella estrategia era la única opción que le quedaba si quería disfrutar de unos títulos que, de otro modo, no podría obtener.

La búsqueda de la isla fantástica de San Borondón, también conocida como San Brandán o Isla Perdida, efecto visual apreciable desde Canarias mirando hacia el oeste en determinadas condiciones climatológicas, es un mito

1. AGS, Cámara de Castilla, 148-13, s.1, 1517?

2. Regueira y Poggio (2007), “Una expedición”, pp. 109-110.

cuyos orígenes se remontan a la leyenda de San Brandán, monje irlandés que, en el siglo vi, se embarcó junto a otros catorce religiosos en un periplo que les conduciría, después de siete años, a la isla que albergaba el paraíso terrenal. Desde el inicio de las navegaciones europeas por las costas africanas, sin embargo, el mito se trasladó definitivamente al Atlántico medio, en algún lugar cercano al archipiélago canario. Y, desde mediados del siglo xv, fue un objetivo ambicionado por las coronas portuguesa y castellana.

La leyenda de San Borondón se enmarca en el proceso de expansión marítima iniciado a mediados del siglo xiv con el redescubrimiento medieval de las Islas Canarias. Desde entonces, las iniciativas particulares y colectivas se sumaron en una carrera en la que navegantes, comerciantes y exploradores europeos descubrieron las costas africanas mientras se vertebraba la primera trata negrera, cuyas consecuencias para la historia de los siglos modernos son sobradamente conocidas. Sin embargo, también dio pie a la superación de la última frontera del conocimiento geográfico, definitivamente rebasada en los años que siguieron a la llegada de la primera expedición colombina a las Antillas.

La revolución comercial atlántica, surgida al ritmo de la expansión europea por las costas y los archipiélagos africanos, primero, y la navegación transoceánica, después, puso en circulación un enorme caudal de gentes y capitales en torno a un territorio que sería fundamental para la articulación de la economía europea del siglo xvi: la baja Andalucía y el sur de Portugal. La organización de la primera trata negrera y la puesta en marcha de las plantaciones azucareras de las islas atlánticas –Madeira, Canarias y Santo Tomé– atrajeron a hombres de negocios italianos, ingleses, flamencos, castellanos, portugueses, valencianos y franceses dispuestos a arriesgar capitales en un nuevo marco de negociación en el que los beneficios podían alcanzar cotas verdaderamente elevadas, completamente inusuales respecto a las inversiones realizadas. Y aquel reclamo no pasó desapercibido para la clase mercantil catalana, dispuesta a abrirse camino en el nuevo contexto atlántico.

Pese a los abundantes testimonios documentales que se conservan en los archivos catalanes, valencianos, canarios y andaluces, no deja de sorprender que la presencia de mercaderes y capitales catalanes en el primer espacio atlántico continúe siendo una temática marginal. De hecho, de no ser por los trabajos de Enrique Otte, Josep M. Madurell, M. Teresa Ferrer i Mallol y Juan M. Bello León, la participación de compañías y mercaderes catalanes en la nueva economía atlántica sería una cuestión completamente desconocida³. Es probable que esta deficiencia se deba al peso soportado por una historiografía que no ha valorado en su justa medida el dinamismo de la clase mercantil barcelonesa heredera de la guerra civil catalana de 1462-1472. Más allá de las graves consecuencias del conflicto civil, los efectos de la contienda, magnificados por el eco de la perspectiva histórica, prácticamente han llegado hasta nuestros días cronificando un escenario en el que Barcelona quedó relegada al ostracismo comercial y a la inevitable pérdida de mercados estratégicos. Y a todo ello habría que añadir la tesis de la historiografía romántica según la cual Cataluña quedó legalmente excluida del comercio y la colonización del Nuevo Mundo hasta 1778, estocada definitiva que condenó al principado a una larga depresión que se prolongaría durante siglos.

En las páginas que siguen trataré de demostrar que, pese a la crisis a la que Cataluña tuvo que hacer frente tras el desastre de la guerra civil, la clase mercantil catalana supo reorientar sus intereses hacia los nuevos centros de negociación andaluces, canarios y portugueses utilizando Barcelona como base desde donde organizar sus operaciones. Pese a no ser numerosos, los mercaderes catalanes que se asentaron en la baja Andalucía y Canarias destacaron por la habilidad con la que se movieron en el nuevo marco de negociación atlántica. La experiencia que habían acumulado durante los siglos bajomedievales, cuando compitieron con las principales potencias marítimas

3. Por ejemplo, OTTE (1992), “Sevilla”; MADURELL (1959), “Los seguros”; FERRER (1997), “El comercio”; BELLO (2010), “La presencia”.

mas del momento por el control económico y político del Mediterráneo, fue, sin duda, el valor añadido que hizo de sus empresas prósperos negocios con los que amasaron grandes fortunas que les encumbraron en las élites políticas y económicas locales. En no pocas ocasiones se convirtieron en verdaderas piezas clave para la organización de la explotación económica de Canarias o para la articulación de las redes ibéricas de la trata negrera. Y a todo ello habría que añadir su participación en la primera colonización del Nuevo Mundo donde, pese a no ser numerosa, su aportación fue igualmente cualitativa; además, no habría sido posible sin su decidida apuesta por los negocios atlánticos desde mediados de la década de 1480.

Este libro es el resultado de una idea que comenzó a madurar hace ya algunos años. Quiere rescatar una historia que, a día de hoy, y pese a los esfuerzos de algunos investigadores, continúa siendo poco conocida. Y lo quiere hacer ofreciendo una visión de conjunto sobre la evolución de la presencia catalana en el Atlántico medio durante los inicios de la Edad Moderna.

Mi interés por el estudio de la esclavitud en la ciudad de Barcelona a fines de la Edad Media, tema central de mi tesis doctoral⁴, me acercó a una faceta de la historia catalana poco conocida, estrechamente vinculada a los importantes cambios que se produjeron durante aquellas décadas en el modelo de esclavitud que, hasta entonces, había funcionado en los países de Europa occidental. El inicio de la trata negrera no solo modificó la fisonomía del esclavo. También introdujo cambios importantes en la economía europea fundiéndose en un nuevo contexto fuertemente condicionado por el despegue del comercio euroafricano y americano. Y todo este horizonte se presentó como una posibilidad real de análisis desde el momento en el que pude leer la documentación conservada en el Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona que confirmaba la participación catalana en aquel proceso.

4. ARMENTEROS (2012), *La esclavitud*.

Como toda investigación, este libro tiene una gran dosis de trabajo solitario. Pero no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas que, incluso sin saberlo, han colaborado en su elaboración. Sería injusto no citar, en primer lugar, a los compañeros del Departamento de Estudios Medievales de la Institució Milà i Fontanals del CSIC de Barcelona. La lectura de uno de los numerosos trabajos de Maria Teresa Ferrer i Mallol, presentado en las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval de 1991 y publicado años más tarde en castellano y catalán⁵, y las enriquecedoras conversaciones que he podido mantener con ella, acabaron de confirmar lo que las fuentes notariales parecían intuir. La atención y el seguimiento que Roser Salicrú i Lluch ha venido haciendo desde el mismo día en el que comencé a idear este proyecto han sido una constante, enriquecida decididamente con sus sugerencias y orientaciones. Asimismo, las aclaraciones de Maria Elisa Soldani han sido fundamentales, como también lo ha sido el interés con el que Albert Martí i Arau ha escuchado el progreso de la investigación, poniendo a prueba las ideas que iban asomando sin dejar de esconder no pocas críticas, verdadero estímulo intelectual.

También quiero dar las gracias a José Luis Ruiz-Peinado, Javier Laviña y Ricard Piqueras por haberse interesado por mi trabajo en no pocas ocasiones. Y a Rosa Lluch por haber creído en este proyecto y haberlo enriquecido con sus sugerencias y aclaraciones bibliográficas.

No quiero dejar pasar la ocasión para agradecer a Juan Manuel Bello León la generosidad con la que ha compartido conmigo algunos de sus trabajos incluso antes de su publicación. Sus investigaciones en los archivos de Tenerife han sacado a la luz cientos de documentos relativos a la colonia catalana asentada en el archipiélago canario. De no ser por ellas, el análisis de la participación catalana en la expansión atlántica sería incompleto. Y, muy especialmente, quiero dar las gracias a António de Almeida Mendes por

5. FERRER (1997), “El comerç”; EADEM (1997), “El comercio”.

las largas conversaciones que hemos venido manteniendo en los últimos años. Sus ideas han sido el verdadero estímulo para la materialización de este trabajo. Han servido para aclarar conceptos, definir procesos y entender globalmente la revolución comercial atlántica. Sin ellas, las páginas que siguen habrían quedado irremediablemente empobrecidas.

Mi gratitud, también, a todo el personal de la biblioteca de la Institució Milà i Fontanals, a Maite Carballo, Ángeles Rubio, Marta Ezpeleta, Ramon Gabara y, especialmente, a Elisabet Sinovas. Y qué menos puedo decir del personal del Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona y, muy especialmente, de Jordi Tor Azorín. Quien haya trabajado en aquella acogedora sala conocerá, sobradamente, la amabilidad y la profesionalidad de Jordi. Y, como no puede ser de otra manera, mis agradecimientos, también, a la Fundació Ernest Lluch por haber creído en este proyecto y haberlo hecho viable.

Pero nada de todo esto habría sido posible sin el apoyo incondicional de mis padres y mi hermano Luis, de mis amigos Noelia, Edu, Boro y María. Y de la infinita paciencia de Nika, verdadero punto de apoyo en aquella inmensidad oceánica que ha separado una idea de un libro.